La causa del atentado

La vista del proceso contra el compañero Rafael Sancho Alegre, suspendida para dar lugar a un nuevo reconocimiento medico del procesado, se reanudó el día 4.

El fiscal en su acusación pidió se apreciaran contra el autor del atentado regicida todas las agravantes y que la pena impuesta fuera la de muerte. El abogado, señor Barriobero, pedía que se le considerara irresponsable por su estado epiléptico.

De nada sirvió el notable informe emitido por las eminencias médicas presentadas por la defensa, pues a pesar de que los médicos forenses no negaron el estado epiléptico del acusado, el tribunal falló apreciando solo las agravantes solicitadas por el fiscal, condenando a la pena de muerte al compañero Sancho Alegre.

Nosotros no esperábamos otra cosa dado que el caso había de ser juzgado por el tribunal de Derecho y no por el Jurado y hubiéramos deseado ver en plena audiencia la justificación de que los grandes rebeldes son el producto de la infamia social y de los constantes atropellos de las clases directoras.

Al fin y al cabo estábamos convencidos de que en actos de esta índole a las razones que se exponen siempre contestan los tribunales con una sentencia.

De todos modos creemos que la sentencia no será cumplida.

El matrimonio y el amor

A M. Costa-Jscar

Efectivamente «pierden el tiempo los amantes que no pueden satisfacer su pasión, contrariando las leyes del amor y siempre obsesionados con la idea del matrimonio.» Y el matrimonio, error predominante en los cerebros femeniles, no es en todos los casos pura consecuencia del amor.

Consagró la iglesia en sus concilios la unión de los sexos, y con esta determinación se le impuso al amor un veto que pesa sobre los deseos naturales del individuo como una condenación eterna.

La religión, pues, en sus deseos de acapararlo todo, acaparó también el derecho de amar; y al mismo tiempo que santificaba el matrimonio con sus bendiciones, siempre mediante el pago de la prebenda consiguiente, castigaba con sus terribles anatemas al violador del sacramento matrimonial.

Las máximas religiosas, los preceptos de sus libros piadosos, las continuas predicaciones de los reverendos padres de la iglesia durante muchos siglos de propaganda imperativa, fomentaron la conciencia de la gran muchedumbre tal creencia del matrimonio, que hasta en nuestros días, después de las revoluciones habidas, así en el orden político como en el científico y social, hay muchas criaturas educadas bajo la fórula religiosa, que son estérilmente sacrificadas, víctimas de su educación hipócrita.

Está ya por hombres de ciencia demostrado que el matrimonio es una contradicción absoluta del amor.

El amor, sólo, por sí mismo, representa en todos sus órdenes la más franca manifestación de la vida; el matrimonio, siquiera sea por lo que tiene de egoísta, es la negación del amor. El amor es la palpitación espontánea, rotunda de la naturaleza; el matrimonio es lo calculado, lo convenido... Amor (1) es afinidad, adaptación de sexos en toda la plenitud de la sensualidad; matrimonio es el consorcio perpetuo, en muchos casos contrario a las leyes del amor y perjudicial a la especie.

* * *

Dos jóvenes, varón y hembra, que jamás se conocieron, llegan a verse por primera vez en su vida; se hallan los dos en la edad fogosa de la virilidad y se impresionan mutuamente; sus cuerpos, como potencias eléctricas experimentan ciertas influencias que no son otra cosa que el amor. En tales momentos, si los dos jóvenes «pudieran», se rendirian al deseo que les domina, a ese «deseo» que es la médula de la vida, la esencia generadora de la naturaleza; y sin más convencionalismos ni rituales que sus propios deseos, cimentarían, «amorosos», la cúpula de la generación. Pero la iglesia condena la cohabitación libre, porque sólo ella, contra las leyes de la naturaleza y de la Biblia, es la única que puede autorizar el matrimonio, concediéndole toda la «virtud espiritual» que Dios manda y la «garantía social» que le proporciona la dignidad de «inviolable». Y por esto la mujer se hace esclava y no da un paso por impulso propio de su voluntad. Quiere, pero tiene miedo al «pecado», y se resiste. A su favor sólo tiene un recuerdo que la libre del «escándalo» y «el deshonor» de vivir con el hombre: el matrimonio, ceremonia ridícula impuesta por una religión de mercaderes.

* * *

¡Qué diferencia del acto hermoso del amor al «sacramental» del matrimonio!

Es el amor libre la gestación pura de la vida que resurge sonriente del éxtasis sublime del silencio; es el matrimonio el contrato hipócrita celebrado con orgía, por el cual, la mujer queda «unida» al hombre y viceversa, con «obligación» uno y otro de amarse «eternamente», de no manchar nunca el tálamo nupcial con el acto «infamante» del adulterio... Y sin querernos extender a determinar los muchos fastidios y penalidades que encierra el «yugo» matrimonial, sólo diremos: que no pocas mujeres, antes del matrimonio rebeldes al goce sensual con los hombres, después de casadas, después de haber jurado ante el altar ser siempre la mujer de su marido, cansadas ya del hombre legal por las infinitas causas que suelen surgir en el matrimonio, sin tener ninguno a las consecuencias y violando su «sagrado» compromiso, se lanzan en brazos de otro hombre, el primero, quizá, por el que han sentido verdadero amor en su vida.

Y para ésto, ¡tanto están con el maldito matrimonio!

* * *

El hombre joven, vigoroso y libre; el hombre que comprenda la vida y conozca la naturaleza es el único capaz de convencer, de regenerar a la mujer, sin tratar, eso sí, de engañarla y hacerla su víctima, pues debe tenerse presente que los malos procederes o falta de táctica en el hombre, son causa también de que los errores persistan en la conciencia femenina.

Y si algún día se convenciera la mujer de las muchas torturas que se impone, sólo por dejarse conducir de ataviamos y prejuicios necios, entonces sí que llegaría a ser la eterna desposada del hombre, la madre querida de la humanidad.

MANUEL G. ALCORLO

(1) Los retóricos hacen varias definiciones de la palabra «amor». Véase el *Diccionario de la Real Academia*.

La caridad y la justicia

«Siempre habrá pobres entre vosotros». De esta torpe profecía ha salido la esclavitud de los desposeídos.

Pero los vientres de fronda, los estallidos de la revuelta llenan los ambientes del mundo burgués como protesta contra la sociedad injusta. Las palabras de Cristo, dogma de miseria fatal y eterna, no es en el sentir de los hombres modernos más que una odiosa mentira.

Los débiles, los vencidos de otro tiempo, serán en breve los mejores y los más fuertes, y anticipan sus pensamientos declarando que la propiedad es un robo y la autoridad una usurpación. De esta implícita declaración a rebelarse contra esos dos principios bárbaros, ya no hay mucho que progresar. Porque cuando el desgraciado ha dejado de creer en el derecho del rico, cuando su espíritu se ha elevado hasta la concepción de la equidad humana, no puede aceptar la caridad sino como un ultraje y como una irrisión. Las manifestaciones de amor que el rico pueda hacer hacia el pobre, no pueden moverle a grande ni pequeña expresión de gratitud. Lo lógico es que no sienta necesidad de un amor que se excita en el sentimiento ajeno por la propia miseria. Lo natural es que no sienta necesidad de ser amado en ese sentido de inferioridad; lo razonable es que anhele la justicia.

El pobre, elevado a tal altura de concepción, sabrá que la caridad no ha hecho ningún alto designio en la historia de la dignidad humana. Ni ha conseguido disminuir el cortejo cauloso de lágrimas, cuyos manantiales han sido siempre alimentados por la tiranía y el privilegio, ni restañando las profundas heridas de la plebe que como ola de dolor ha rodado a través del mundo, sembrando la tierra de cadáveres.

Los hombres cultos, nobles y buenos, los proletarios militantes de nuestros días, saben que no hay necesidad de hacer nuevas pruebas de caridad y filantropía, puesto que la esterilidad de esos bajos sentimientos de humillación para quienes de ellos se benefician, cuenta con la elocuente manifestación de veinte siglos de cristianismo, al cabo de los cuales estamos peor que en las más negras épocas de los tiempos pretéritos.

Si «la limosna es hermana de la plegaria», como ha dicho Víctor Hugo en un arranque de necedad injestiosa, no cabe duda que tan cercano parentesco tiene como única explicación el fracaso y la estupidez

Jamás los piadosos sentimientos ni su manifestación exterior, la caridad, ha sacado a un sólo desgraciado de los abismos de la pobreza, sino para dejarlo caer inmediatamente en más hondos círculos del infierno de la orfandad. Y aunque no fuere absoluta nuestra afirmación, ¿qué supone la redención de un desgraciado en un mundo donde nadie goza la ventura de la justicia?

Por eso nosotros, parte integrante de ese pueblo militante y consciente, afirmamos que no se trata de sacar a uno o varios desgraciados de esos insondables abismos de la miseria proletaria, sino de redimir a todos los hombres de sus duras vicisitudes por el imperio de la justicia universal.

Los filántropos cultos preguntan: ¿Qué hacer mientras el reinado de la equidad y la justicia sean principios únicos de convivencia humana? Allá ellos con sus sentimientos y peculiares manifestaciones exteriores. Nosotros afirmamos que jamás por la caridad terminará la miseria, y no queremos subordinar la estéril caridad ni la vana filantropía a los principios de la justicia y la igualdad económica. Si alguien para dar satisfacción a sus sentimientos, quiere desprenderse de cinco o más céntimos, o de uno o varios panes en favor del desgraciado hambriento, habrá evitado el sufrimiento de una hora a un sólo hombre, pero los hombres de gran corazón, no olvidarán por eso que lo justo es que cada humano tenga su parte en el banquete de la vida constantemente y en todas partes.

La obra de la justicia y de la revolución no es tarea que debe empezar luego, mañana o pasado; es precio empezarla en seguida, seguirla, puesto que ya está empezada, no abandonarla ni un solo instante. Que nadie que se estime diga que la hora no ha llegado aún: la hora suena cada segundo en los distintos puntos de los infinitos meridianos de la tierra, y todo ese sonar de horas es aún demasiado esperar para trabajar por la justicia que imponen la paz de los hombres y la igualdad en la mesa.

Vuestras limosnas y vuestra caridad, ¡oh! gentes magnánimas, no corrigen la iniquidad de la propiedad y de la autoridad; bien al contrario, la fortifican, puesto que las aceptan implícitamente. No son una solución porque permitan esperar al favorecido con vuestros panes o vuestros céntimos, el efecto mismo de vuestra caridad, hora tras esperanza de solución. Por lejos que se halle el camino que nos conduzca a la justicia social, la caridad no puede ser otra cosa que una muralla opuesta entre los ojos de los desgraciados y el horizonte de la equidad universal y eterna. Sea cariñoso quien no pueda ser justiciero. Nosotros queremos la justicia y nada más. Porque la justicia no consiste en socorrer al desvalido, ni la caridad en dar limosnas; por encima del socorro y la limosna, puede ser perfectamente caritativo educar a los hombres para realizar la obra de la justicia. La protesta y la revolución son más eficaces que los enternecimientos hipócritas o sinceros de la caridad vulgar.

Socialistas, anarquistas, sindicalistas y todos los millones de seres humanos que han comprendido las mentiras y sofismas que esclavizan a los hombres, entiendan, como nosotros, que la obra de la revolución es más lógica que la de los paliativos y contemporizaciones.

El actual movimiento de rebeldía así lo demuestra; y muy pronto, mañana quizás, ampliando el sentido de las concepciones revolucionarias, habrá penetrado en todas las conciencias de las víctimas de la injusticia, la convicción de que la obra final de la justicia es la expropiación que establece la equidad y termina la miseria.

Nosotros invitamos a todos los hombres a trabajar en esta obra de la justicia. Basta ya de consolar a los desgraciados y de vendar las heridas del hambre, del trabajo o de la guerra. La justicia y la igualdad social suprimen la desgracia y los sufrimientos del viejo régimen del privilegio.

¡Caridad, no: justicia!

A. L. RODRIGO

El Estado propaga la anarquía

Como todo hombre que aspira a redimirse ha de buscar las causas que producen efectos contraproducentes, por aquello de que suprimida la causa desaparecen los efectos, yo también queriendo poner mi granito de arena a la gran obra de redención de la humanidad, trato de buscar las causas que producen este Estado tan en contraposición con el racionalismo; al efecto, abro un libro y en él encuentro un pensamiento de Alfredo Calderón y una vez leído saco la deducción de que mis ideas y creencias no son desacertadas al calificar de injusto al régimen presente, y al Estado, de negación completa de los derechos del hombre.

«El Estado», que así encabeza las líneas Alfredo Calderón, lo creo de gran utilidad para la obra emprendida por los que produciendo toda riqueza social y todo cuanto sea factible al bienestar de la humanidad, sólo disfrutan sinsabores innumerables y la libertad de morirse de hambre; y le suscribo para que los que luchan por su redención lo hagan desligados de todo lo que sea representación parlamentaria; de todo lo que sea perfeccionamiento de la clase de gobierno, puesto que gobierno, tenga los ribetes democráticos con que quieren revestirle los legisladores, es sinónimo de autoridad y el principio de autoridad es incompatible con la fraternidad entre hombres.

Dice Alfredo Calderón: «El Estado mata. Es homicida, es asesino. Mata con premeditación, con alevosía, con ensañamiento. Mata por instrumento de mano mercenaria. Mata sin pasión, sin obcecación, sin arrebato, por conveniencia, por egoísmo, por cálculo. Mata con escándalo, en público, jactándose de ello.

El Estado roba. Gasta lo que se le antoja, y para pagar sus deudas, mete mano sin tasa en la bolsa del contribuyente. Si el dinero ajeno no basta para satisfacer sus deudas, no las paga y en paz. Perpetra periódicamente quiebras fraudulentas. Vive en grande a costa ajena. Arruina a la nación, consciente, deliberadamente, tranquilo, con la sonrisa en los labios.

El Estado juega. Es empresario, es banquero, es *croupier*, es gancho. Sostiene una gran «timo» nacional, de la cual saca no poco provecho. Juega con ventaja, asegurando la ganancia. Y es lo bueno que tiene estancado el juego, como el homicidio, como el despojo. Sólo él puede hacer aquello que prohibe a los particulares. Quiere el monopolio de esos delitos. No admite competencia.

El Estado huelga. La ociosidad, madre de todos las vicios, es su predilecta. Ofrece a la pereza el holocausto del tiempo. Su vida es un bostezo. Entre santos civiles y eclesiásticos, esteros y desesteros, Pascuas, Navidades, carnavales y veraneos, ha convertido la mitad de los días del año en fiestas de precepto. La otra mitad la consagra al descanso. Solo que se reserva la exclusiva, pretende generalizar la holganza e imponer, bajo graves penas, la observancia del vicio.

El Estado... Pero ¿a qué seguir? Si lo mar fuera de tinta y el cielo de papel doble, no se podría escribir todo lo que de malo hace el Estado. Más breve sería proceder con exclusión y enumerando los delitos, infracciones o pecados que haya de cometer... En la vida oficial es mentira todo; mentira el pacto constitucional, mentira las ficciones legales del sistema, mentira la ley fundamental del Estado, mentira la representación parlamentaria, mentira los votos de la mayoría, mentira las promesas, mentira los programas, mentira la adhesión, mentira la disciplina, mentira la ley, mentira el presupuesto. . Hay mentira administrativa, representativa, eclesiástica, militar, naval, académica, jurídica, penal, procesal, bancaria, burakrti, aristocrática, democrática, moral, estética, higiénica, médica, atlética... El Estado entero es una gran mixtificación, un colosal *infundio*.»

En este concepto tenía al Estado Alfredo Calderón, y en efecto, el Estado es imprevisor, es inepto para dar a los ciudadanos una educación verdaderamente racional, haciendo de ellos verdaderos seres humanos, respetuosos con las creencias de los demás; el Estado no sabe hacer esto, pero en cambio dispone de leyes para castigar los delitos que cometen sus súditos, y aunque muy católico sea el Estado, en ocasiones aplica penas que están en contradicción con su doctrina, puesto que quebranta el quinto mandamiento que dice *¡No matarás!*

El Estado tiene el monopolio del robo, pues además de que constantemente mete mano en la bolsa del contribuyente, también en las «brillantes» acciones de guerra, después de libradas éstas, los ejércitos combatientes arrasan y se llevan todo cuanto encuentran a su paso, como trofeo o botín de guerra; y el Estado, tan diligente para castigar a los delincuentes aislados, legaliza los crímenes y los robos colectivos, con el pretexto dios, patria y honor, puestos en duda o en peligro por sus adversarios.

El Estado tampoco sabe legislar en sentido de que a los ciudadanos no les falte lo más indispensable para la vida y de aquí resulta que los que todo lo producen no tienen que de tener nada, y en el hogar de éstos ha sentado plaza de soberana la miseria. Y cuando ésta en forma de sér huma ió se acerca a las mansiones de los privilegiados a implorar unas migajas para mitigar el hambre, los privilegiados, los hombres de Estado, se horrorizan, se sustan de su propia obra, no quieren comprender que es lo único que saben producir, y se apresuran a dictar reales órdenes para encerrar a la miseria en locales antihigiénicos, inmundos y epidémicos llamados asilos, cárceles y hospitales.

¡Trabajadores! El Estado no produce más que odios, guerras, miserias, prostitución y todos cuantos males padece la humanidad; el Estado que así se conduce, contribuye a ser derrocado, propaga la anarquía, sólo hace falta que los trabajadores, eternas víctimas y que viven en perpetuo martirdaje con todos los males que produce el Estado, se den cuenta de su situación, pongan especial atención al proceder del Estado y se decidan a emprender la obra que les está encomendada.

JUAN ORTEGA

San Sebastián.

El almuerzo de los buitres

El poblado de Chikarakua estaba en gran movimiento. El hacendado señor Santiesteban, dueño de casi toda la comarca, no escaseaba gasto alguno para agasajar al «miento de federales, enviado por el gobierno con toda urgencia, para defensa de la vida y haciendas de tal propietario, hombre riquísimo y muy amigo del recien elegido presidente.

Excepto sus capataces y guardianes, todos sus peones habían marchado a engrosar las huestes rebeldes.

Uno tenido por el más temible por su valor e inteligencia, había sido prisionero al querer convencer a los federales de su mala labor combatiendo a sus hermanos los trabajadores. Aquel mismo día fué ejecutado, con saña cruel por parte de los soldados y con júbilo salvaje del señor Santiesteban, quien se veía ya en salvo con la muerte de su enemigo.

Liberto, joven de rostro demacrado y facciones delicadas, que su falta de salud impidió marchar a las guerrillas rebeldes, lloraba en un rincón de la robotica, donde ejercía de practicante, la muerte del que fué su compañero y maestro, y en silencio juraba venganza contra todos sus asesinos.

Recordaba la leyenda de *El almuerzo de los buitres* contada por sus difuntos padres, cuya prematura muerte fue las privaciones y la miseria. Leyenda nacida del tiempo de la conquista.

Cuando los españoles invadían las tierras mejicanas, hallaron tan fuerte resistencia en los indios de aquel poblado, que tomándolo después de una encarnizada lucha, pasaron a cuchillo todos sus moradores sin perdonar mujeres ni niños.

El único superviviente, un viejo indio, contemplaba al caer de la tarde cómo los buitres devoraban los insepultos cadáveres de sus hermanos. Loco de terror y en ademán vengador exclamó:

¡Hoy los pájaros de la muerte hacen su comida de cadáveres indios; día vendrá que celebrarán el almuerzo de cadáveres blancos!

Liberto reflexionó que muy bien podía él ser el vengador de tantas iniquidades amontonadas en cuatro siglos; ayer contra los indios, hoy sobre los indios, negros y blancos esclavos todos de la cruel explotación de los amos.

Su corazón de rebelde latía de coraje, pensaba en sus compañeros que con las armas en la mano luchaban por la causa de los oprimidos, en el triste fin de su maestro... De pronto su semblante se reanimó como quien toma una firme resolución. Ya que su delicada salud le impedía marchar a las guerrillas también él ayudaría eficazmente al triunfo de sus hermanos.

Aprovechando una oportunidad de descuido de su patrón, apoderóse de una llavecita, y con ella en un momento que nadie podía verle, abrió un pequeño armario donde encerraba los productos venenosos. Cogió unos tubitos y los guardó en sus ropas como si fuera un precioso tesoro.

—¡Ah, miserables!—dijo,—habéis asesinado a mi maestro que no pudo convenceros con sus justas razones; yo os venceré con la eficacia del silencio.

* * *

Aquella noche, después de dadas las disposiciones requeridas, el señor Santiesteban y el coronel Gurapa con sus oficiales, en complemento de una suculenta comida, tomaban el café saborearon perfumados habanos, en la enramada de un gran jardín.

—Amigos míos,—dijo el jefe de las fuerzas,—podemos tener la seguridad de que esos bandidos recibirán un serio desafuero. Esos malditos zapatistas, deshonra de la patria mejicana, serán diezmados por la metralla, y el machete cuidará de rematar los restantes. No es posible escapar de la emboscada que les tenemos preparada.

—Sí, sí; es preciso hacer un escarmiento—contestó el hacendado—y estos días va a cumplirse la leyenda de *El almuerzo de los buitres*.

—Corregida y aumentada, pues estos pajarracos pueden hartarse de carne revolucionaria, que ¡voto a Satanás! debe ser más dura que el cuero de un elefante.

Todos los tertulianos soltaron una carcajada.

—¡Al freír será el reír!—gritó una voz desde fuera.

—¿Quién es ese?—dijeron todos, poniéndose en pie y empuñando las espadas.

—¡El mensajero de los buitres!—contestó la misma voz ya más distanciada.

Los oficiales salieron en su persecución, pero inútilmente. Sólo vieron la silueta de un ginete que al galope desaparecía en la obscuridad de la noche.

* * *

El campamento donde vivaquearan las tropas, una extensa pradera, todo estaba dispuesto para una gran comida. El siguiente día, cumpleaños del hacendado, sería de extraordinaria fiesta.

Con beneplácito del coronel Gurapa, aquel quería que el banquete fuera igual para todos jefes y soldados lo mismo que los criados que habían quedado a su defensa, celebrarían por igual, sentados en las mismas mesas, por el anfitrión presididas.

Esta vez el altivo Santiesteban se demostraba demócrata. Las circunstancias así lo exigían.

Reses y aves variadas colgadas de altos palos, capones de dulces y vcis grandes toneles de añejo vino de España, estaba todo dispuesto para ser engullido por los estómagos hacayunos a la mañana siguiente.

Cuando todos estaban entregados al sueño y el silencio de la noche reinaba en el campamento guardado por centinelas que, habiéndose adelantado a saborear el zumo de Baco, ya no veían ni sentían, una sombra se deslizó hasta los toneles. Con toda cautela los destapó, vaciando en cada uno el contenido de un tubito, volviendo a desaparecer sin ser notado de los vigias.

Era Liberto que ponía en obra su venganza.

Dos días después, cuando las guerrillas rebeldes dispuestas al combate asomaban por los lomas del poblado de Chikarakua, alimbradas por el sol naciente, quedaron todas asombradas al contemplar la pradera sembrada de cadáveres. Sobre la punta del alto campanario ondeaba la bandera roja, y una nube de pájaros carniceros revoloteaba sobre el campamento dispuesta a devorar los putrefactos cuerpos de los uniformados esclavos.

Liberto, el único superviviente, corría a saludar a los recien venidos y les informaba del peligro que hubieran corrido de no haber obrado de tal modo.

El que iba al frente de las huestes rebeldes, abrazó entre sus hercúleos brazos al valeroso muchacho, y dirigiéndose a todos sus compañeros, dijo:

—Liberto a quien debemos nuestras vidas es un héroe. Nosotros luchamos en los campos de combate por el triunfo de la emancipación proletaria; pero esta vez, un niño ha obtenido el sólo la victoria desde la trastienda de una farmacia.

—Un día u otro se había de cumplir la leyenda de *El almuerzo de los buitres*,—contestó Liberto señalando a los grandes pájaros que se arrojaban sobre los cadáveres insepultos.

TADEULAO HOMNES

MI PATRIA

Paráfrasis de Schiller

Soy ciudadano del mundo:
en donde abunda la vida
pongo mi afecto profundo,
tengo una tierra querida.
En donde surca el arado,
o la nave, en cualquier parte,
mi enemigo es el malvado
y un ideal mi estandarte.
En donde triunfa el Derecho
y la paz une mis manos,
naturalizó mi pecho,
porque allí están mis hermanos.
Con hogar o vagabundo,
mi patria no tiene nombre:
soy ciudadano del mundo
y compatriota del hombre.

ROBERTO BRENES MESEN

LA VIOLENCIA

LA CAUSA DEL REGICIDA

Se extraña la gente de orden, los satisfechos, que haya quien pueda sublevarse, vindicar su dignidad atropellada, imponiéndose con heroico gesto que se continúe por más tiempo el atropello, la persecución, el ensañamiento contra su persona. Ponen el grito en el cielo al saber que un humilde, un esclavo moderno, acorralado por la persecución policiaca, se defienda y hiera a su vez a los que le persiguen. Saca la caja de los truenos la prostituída prensa para gritar a los cuatro vientos: ¡herejía, inhumanidad intolerancia de los de abajo! No puede digerir la defensa justa y noble del atropellado arbitrariamente, que, rompiendo los moldes, los límites de la paciencia, de la resignación, decide acabar de una vez, y para que sirva de norma en lo sucesivo y puedan beneficiarse de su rebeldía los que le sobrevivan.

No quieren comprender las causas que conducen al hombre a obrar de manera que repugna a su conciencia humanista, olvidando que los ejemplos que le dan y la instrucción recibida en su infancia no le conducen más que a la violencia. Ve todo lo constituído basado en el poder del más fuerte que se escuda en coercitiva ley, creada en su favor para legitimar el usufructo de monstruosidades, en pugna con el recto sentido de Justicia. Ve a sus padres forzados a un trabajo ímprobo por las circunstancias del medio ambiente en su infancia sienten deficiencias en su alimentación, en el vestir y en la habitación, al no poder satisfacer sus necesidades naturales; y en su lógica de niño, compara el aspecto bien distinto del hijo del burgués, rodeado de excesivas, de supérfluas comodidades.

Recuerda que cuando niño, un día, por falta de trabajo del padre, no pudiendo pagar los alquileres, fueron judicialmente expulsados de la pociiga en que se resguardaban de las inclemencias del tiempo, de los rigores de la estación. Sintió odio contra aquellos hombres que bromeando dieron la orden a los ejecutantes que *limpiaban* de obstáculos la habitación. Recuerda vagamente que pasaron horas y horas en la calle esperando un refugio; recuerda el frío que tenía, el hambre y las lágrimas de su madre .. que lloraba de impotencia ante aquel fatalismo abrumador y por el momento irremediable. ¿Por qué un *señor* que le llaman propietario tiene derecho a expulsarlos? ¿Quién le ha dado semejante derecho de usurpación de una parte del planeta y su usufructo en detrimento de sus coterráneos?

¿Y hoy te indignas tú, propietario, porque el expulsado de ayer se rebela contra tí y contra lo constituído, violentamente y sin piedad? ¿Eres acaso tú, propietario rapaz, avaricioso y cruel, que has dado el ejemplo de usura a tus semejantes? ¿Con qué derecho, pues, vocesas hoy contra tu víctima? ¿Es en tí en quien puede haber aprendido el respeto a la vida humana, el sentimiento de equidad, de amor, de justicia?...

Recuerda que en su infancia oía contar historias de invasiones guerreras en las que pueblos enteros eran pasados a sangre y fuego; oía, que los invasores organizaban «razzias»... no dejando piedra sobre piedra que no hubiese sido removida por la metralla y por la explosión de los «scrannels». Oía que fértiles campos eran arrasados; que los muertos se contaban por millones y la sangre de las víctimas empapaba los campos desolados.

¿Es acaso de *esto* que oía que pudo haber aprendido el respeto a la vida humana, el sentimiento de equidad, de amor, de justicia?...

¿Eres acaso tú, sofisticador de alimentos, que atraes al público con gran reclamo para vender la mercancía adulterada, nociva para la salud, que enseñas con el ejemplo el respeto a la vida humana, el amor a tus semejantes?...

Es en las costumbres, en el medio en que ha de desarrollarse el individuo que se respira el ambiente de violencia, todo preñado de amenazas, de coacciones, de arbitrariedades, de atropellos al derecho, a la libertad individual y colectiva. Se arrastran las leyes por los suelos cuando así conviene a sus dictadores, ¿queréis violencia más infame que arrastrar a un individuo por ser anarquista ante un objetivo y hacerle sufrir los inicuos, infamantes detalles de la antropometría? y después... se extrañan de la violencia. ¿Qué sarcasmo!

Estando sano de cuerpo y de espíritu, el individuo pierde en determinados momentos el dominio de sí mismo por la insistente y mortificante persecución; ¿qué no le pasará, qué no hará al que esté en malísimas, en pésimas condiciones de salud? Difícilmente soportará la contraproducente vigilancia policiaca, sin que sienta menoscabar su dignidad de hombre, de ciudadano, bajo el amparo de una constitución violada a cada instante, en detrimento de personas y colectividades. Es bochornoso, incalificable, que en un país en que su Constitución dice, que no será molestado ningún ciuda lano por sus ideas políticas o religiosas, se encarcele injustamente, arbitrariamente, por capricho de un policía cualquiera, o por las vejeidades miserables de algún despótico polizonte a individuos que no han cometido otro delito que manifestar en alta voz su disconformidad con lo constituído, con lo monstruosamente constituído. Que nadie pone en duda su amor a la humanidad, su acendrado cariño a todo lo noble, a todo lo justo; y el amor que siente por los débiles se manifiesta como su concepción elevada y su sentir hondo en todas las cosas que afectan a la humana especie.

MANUEL ANDREU

Cinco años de trabajos forzados

Todos recordarán que con motivo del proyecto de ley del gobierno francés aumentando en un año el servicio militar, los soldados hicieron ostensible su disgusto.

Este acto lógico de ciudadanía, esta protesta razonada del abuso cometido por unos representantes en detrimento de sus representados, en cuyo abuso ha existido la premeditación, el de confianza y la falsedad de documento público, delitos todos definidos por el Código penal, acaba de ser juzgado por el tribunal militar de Rodez.

Las penas impuestas a dos de estos bravos ciudadanos, por defender un derecho establecido y reconocido por todos, son de un salvajismo extremo. ¡Cinco años de trabajos forzados!

Esto es verdaderamente inhumano. Condenáis a dos jóvenes de veinte años a una pena a que sólo vosotros sois acreedores; descargáis el peso de vuestras leyes sobre jóvenes absolutamente irresponsables. ¿Cuándo habéis enseñado a esos muchachos el texto de las leyes por vosotros fabricados? ¿Queréis hacerlos responsables de los hechos de que sólo vosotros sois los provocadores?

¿Qué ellos protestaron? ¡Era su derecho! Vosotros sois los administradores del país en tanto que este mismo país quiera llegar a su mayor edad. ¿Habéis consultado a el país para aumentarle de un año la estancia en el cuartel? ¿Habéis consultado a los padres que esperan la vuelta del hijo que habrá de continuar cultivando el pedazo de tierra: habéis consultado a los padres que contaban los días que faltaban para la vuelta del hijo, sostén del hogar? No, no habéis consultado a nadie y arrojáis un año más de miseria a pobres vírgen, en nombre de vuestra patria. No; vuestra patria no merece el sacrificio de algún ciudadano; no es una madre, es una madrastra. Los obligáis a un año más de brutalización para que vuestras sociedades metalurgas puedan daros mayores beneficios, para asegurar vuestra posición, destruyendo los hogares de los productivos, de los que son la sola riqueza verdad del país.

¡Cinco años de trabajos forzados! La pena es verdaderamente brutal para un gesto seguramente irreflexivo de soldado, en tanto que por el mismo gesto, pero resuelto, reflexionado, más grave también, puesto que se trataba de hombres hechos, instruídos, soldados por voluntad propia, los tribunales han absuelto o condenado a penas ridículas a oficiales que se habían negado a obedecer. ¿Por qué esta diferencia en dos delitos iguales?

Esta es vuestra moral; esta es vuestra justicia Por eso nosotros nos negamos a aceptarlas.

Estos muchachos, mañana, cuando salgan del presidio en que los habéis arrojado no sentirán más que odio hacia esta sociedad; serán de los nuestros, serán nuevo apoyo sobre la palanca que habrá de destruir esta sociedad de individuos egoístas para construir la sociedad común.

Habéis equivocado la dirección del golpe. Vuestra ambición os ha cegado, y el efecto será contrario a lo que os proponéis. Una represión ciega os conducirá al lado opuesto de donde pretendíais ir. Continuad la represión, continuad vuestros Consejos de guerra, continuad condenando a trabajos forzados a los hijos del pueblo; el vaso está lleno, una gota más y será imposible detener la corriente.

M. PERMAÑER

París.

Tenemos para la venta los siguientes folletos, que pueden adquirirse en esta administración y cuyo precio se detalla a continuación:

La Anarquía triunfante, por Anselmo Lorenzo.	0'10
Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis, doctor Queraltó.. .	0'25
¡Solidaridad! Anselmo Lorenzo.	0'10
El derecho a la evolución, Anselmo Lorenzo.	0'10
La política y los obreros, por Tomás Herreros.	0'10
El derecho a la salud, por Anselmo Lorenzo.	0'10
El Abogado del Obrero, por I. Sánchez Rosa (encuadernado). .	1'50
El anarquismo triunfador, por Zoais.	0'10
La Anarquía ante los tribunales, por Pedro Gori.	0'20

A los corresponsales y paqueteros se hace el 30 por 100 de descuento, excepto en el del doctor Queraltó, que es el de 50.

Al extranjero se cargará el franqueo.

Los envíos de cantidades se harán a nombre del administrador de TIERRA Y LIBERTAD, en letras, libranzas de giro mutuo, giro postal o sellos de correo, en este último caso certificando la carta.

NOTA.—No serviremos ninguna suscripción que no venga acompañada de su importe.

A los compañeros de la región andaluza en general y a los de Sevilla en particular

Compañeros: La circunstancias especiales por que atraviesa en esta región la propaganda de nuestro hermoso ideal; la decadencia aparente del movimiento anarquista; las deserciones, declinamiento, mixtificaciones y demás síntomas alarmantes que caracteriza en forma negativa el momento actual de nuestra acción social, tiene en nosotros sus causas generatrices y fundamentales y por lo tanto susceptible de evitar y destruir.

Estas causas residen en nosotros mismos, animan en nuestra voluntad, siendo causas determinativas de estos destructivos factores la indiferencia, el pesimismo y el cansancio, producto de haber gastado las energías en tiquis miquis y rencillas, alimentadas por pasiones de menor cuantía. Tambien el culto excesivo consagrado por muchos al andante societarismo es causa eficiente en que se tiene por aquí a nuestro humano ideal.

En verdad, es funesto el extraordinario valor que muchos compañeros conceden a la acción social y económica de las masas organizadas bajo los auspicios de la táctica revolucionaria, del sindicalismo moderno.

Por último, son causas importantes de este estado de decadencia espiritual, las falsas digestiones de cuantos fenómenos se manifiestan a nuestro alrededor; bien sea por ignorancia, ateismo, condición de carácter, temperamento, etcétera, lo cierto es que constituyen causas concluyentes, definitivas, determinadoras como fundamentales del estado de pesimismo, de quietismo enervante en que yacen gran parte de los compañeros en esta hermosa población. Hasta el espíritu combativo, de solidaridad, apoyo mutuo, en una palabra, cuanto significa inteligencia noble y desinteresada a base del alto fin de la propaganda y defensa del ideal de amor y justicia, casi no existen en esta localidad: se halla en abierta decadencia. El pesimismo individualista de un lado y el *arrivismo* de otro, dominan totalmente el ánimo de muchos que dicen ser anarquistas.

Pues bien; al dirigirnos a vosotros lo hacemos con el objeto de que abandonemos nuestra habitual pereza e indiferencia, agrupándonos por afinidad, mancomunando nuestras fuerzas merced a una estrecha inteligencia solidaria, impulsando la propaganda con arreglo a las exigencias del presente momento.

Poderosas y diversas son las razones que abonan nuestro llamamiento, entre ellas la siguientes: Nosotros entendemos que muchos compañeros (nos referimos a esta localidad que es la que conocemos mejor) prestan, conceden excesiva atención al movimiento proletario corporativo, a la lucha de clases, en una palabra. Se ha llegado al extremo de embeberse totalmente en las estrecheces del medio societario, adaptándose y olvidando completamente la insuficiencia revolucionaria del corporativismo y su valor relativo, casi insignificante, como movimiento emancipador.

La experiencia nos ha demostrado que en la vida corporativa, societaria, dado el carácter económico de estos organismos, la ignorancia secular de la masa que lo integra, su espíritu demasiado egoísta y el fundamento mismo de estos organismos proletarios, se oponen abiertamente a que se puedan hacer en ellos una labor ampliamente revolucionaria, francamente idealista. Es decir, que en la vida societaria no caben términos medios. Se nos presenta siempre (observénlo bien los compañeros), el siguiente dilema: ser o no ser, esto es, que es imposible mantenerse íntegro, que es indispensable transigir, materializarse, tratar las insignificancias de la vida corporativa gastando las energías inútilmente en fomentar pasiones, reñir batallas con individuos de otras escuelas sociales o políticas... ¡Todo por el céntimo más o la hora menos!... ¡Cosas estas de un valor tan insignificante que no valen la pena de tales sacrificios!

Es bien sabido que, merced a las leyes económicas capitalistas, las mejoras obreras quedan reducidas a ceros El capitalismo, dueño y señor de la riqueza, merced a un hábil escamoteo que le permite ejecutar su situación privilegiada, lo que pende por un lado recupera por otro.

Por estas razones nosotros entendemos que es demasiado restringida la esfera corporativa para que a ella se hubiiben espíritus tan amplios y cosmopolitas como el anarquista.

El anarquista, como individuo perteneciente a una escuela filosófica que presenta soluciones generales, genuinamente fundamentales al problema social, necesita como tal un medio de acción moral y social, propicio a su carácter de actividad donde agitarse y propagar en toda su pureza sus reivindicadores ideales, cosa que solo pueden conseguir agrupándose por afinidad para todo lo relacionado con la propaganda de sus bellos ideales, pulverizándolos como son ell